

CAPITULO VI.

SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE SAN LEON MAGNO (1º de setiembre de 439-11 de abril de 461).

1. Trabajos de san Leon Magno contra las diversas herejías. — 2. Eutiques. *Latrocinio de Efeso*. — 3. Marciano, emperador de Oriente. — 4. Concilio de Calcedonia, cuarto general. — 5. Atila. Su invasion en las Galias é Italia. Se retira ante la majestad de san Leon Magno. — 6. Nuevos motines suscitados en el Oriente por el eutiquianismo. — 7. Invasion de Roma por Genserico. — 8. Timoteo Eluro en Alejandría. Muerte de san Leon Magno.

§ II. PONTIFICADO DE SAN HILARIO (12 de noviembre de 461-10 de setiembre de 467).

9. Eleccion de san Hilario. — 10. Trabajos de san Hilario por mantener las reglas de la jerarquía eclesiástica. — 11. Concilios de Arles, de Tours, de Vannes, en las Galias. — 12. Terremoto en Antioquía. Incendio de Constantinopla. Muerte de san Simeon Estilita.

§ III. PONTIFICADO DE SAN SIMPLICIO (27 de setiembre de 467 hasta el fin del imperio de Occidente en el 23 de agosto de 476).

13. Eleccion de san Simplicio. — 14. San Epifanio de Pavía. San Paciente de Leon. San Sidonio Apolinar. — 15. Odoacro, rey de los Hérulos, da fin al imperio de Oriente.

§ I. PONTIFICADO DE SAN LEON I, llamado el MAGNO (4 de setiembre de 439-11 de abril de 461).

1. La Iglesia y el mundo necesitaban un soberano Pontífice que, por la energía de su carácter, la fuerza y dignidad moral, se hallase á la altura de los acontecimientos que se preparaban. La Providencia, que vela por los destinos de su Iglesia, tenia ya pronto, para el momento dado, el hombre de su eleccion. Leon, arcediano de Roma, se hallaba á la muerte de san Sixto en mision cerca del general Aecio en las Galias. La opinion que se tenia de su mérito era tal, que todos los sufragios recayeron unánimemente en él, durante su ausencia. Una diputacion fué á poner á sus piés el homenaje de toda la ciudad de Roma; y cuando el nuevo pastor pareció en medio de su

Iglesia, fué recibido en triunfo por el pueblo por quien iba á sacrificar su vida. Todas las cualidades eminentes que forman á los hombres grandes se hallaban reunidas en san Leon, junto con una profundísima humildad y con las demás virtudes que hacen santos. Su lenguaje elocuente y fácil llevaba tras sí á las muchedumbres: aun conservamos las homilias y sermones que predicaba en cada solemnidad. — Cuando desde las alturas de la Sede apostólica á donde se hallaba elevado, echaba una ojeada sobre el mundo todo, por todo él hallaba materia para celo y solicitud. Los Vándalos arrianos saqueaban las iglesias de África y de Sicilia; los Maniqueos, fugitivos de Cartago, refluían á la Italia y amenazaban infestar á Roma; los Priscilianitas se agitaban en España al favor del trastorno de las invasiones bárbaras; los Pelagianos infestaban la Venecia; reyertas intestinas perturbaban á las iglesias de las Galias; los Nestorianos aun se removian en el Oriente. San Leon hizo frente á todo. Envió socorros pecuniarios á las iglesias asoladas por los Vándalos: hizo castigar severamente las abominaciones de los Maniqueos en sus misteriosas asambleas (443); y mandó hacer actas auténticas de esta sumaria, y causa espanto el leer el relato de los horribles crímenes de esta secta tenebrosa. El papa escribió á todos los obispos de Italia para denunciarles los herejes y precaverlos contra la ponzoña de sus errores (444). Santo Toribio, obispo de Astorga, le pasó la sumaria de lo hallado contra los Priscilianistas de España. San Leon le respondió en 447 con una larga carta, donde combatia sus errores, y los equiparaba á los del maniqueismo, confundiéndolos todos en una misma condenacion. — Septinio, obispo de Altino en la Venecia, avisó al papa que en su provincia se habia admitido á la comunión católica sacerdotes, diáconos y otros clérigos que habian seguido la herejía de Pelagio, sin haberles exigido anticipadamente una abjuracion formal. El soberano Pontífice escribió entonces al obispo de Aquileya, metropolitano de la provincia, ordenándole juntar un concilio para obligar en él á todos los eclesiásticos suspectos de pelagianismo á renunciar abiertamente y por escrito á la herejía. — En las Galias, san

Hilario de Arles era el alma de los concilios y daba impulso al movimiento religioso que se manifestaba en esta comarca. Ya en el año 439 había presidido el concilio de Riez en la Provenza, para cortar un cisma en la iglesia de Embrun, y darle un obispo legítimo. En 441 celebró el primer concilio de Orange, célebre por una serie de treinta cánones, de los cuales el más notable es el de prohibir en lo venidero el ordenar diaconisas. En el mismo año presidió el concilio de Vaison, para arreglar de un modo estable la suerte de los niños que los paganos tenían costumbre de exponer en las plazas públicas, á pesar de los edictos imperiales que desde Constantino Magno cesaban de castigar severamente este crimen. — Otro concilio celebrado en Besanzon suscitó dificultades más serias á san Hilario. Celedonio, obispo de esta ciudad, era acusado de haber sido ordenado contra las reglas canónicas, y de haber sido bigamo antes de su promoción al obispado. Celedonio fué depuesto por san Hilario; mas apeló á Roma y se personó en esta ciudad. San Hilario le siguió. El negocio fué controvertido en un concilio convocado en Roma por san Leon (445). Celedonio se justificó de todos los cargos que se le imputaban y fué restablecido en su diócesis. Este resultado produjo cierto descrédito para el obispo de Arles. El soberano Pontífice le quitó la jurisdicción sobre la provincia de Viena, de que hasta entonces había sido metropolitano. Esta decisión fué apoyada por un rescripto del emperador Valentiniano III del 8 de julio de 445, que prohibía el emprender nada en el gobierno de la Iglesia sin la autoridad de la Sede apostólica. Tal era el derecho público en el siglo sexto: el primado del papa era reconocido universalmente como principio fundamental de la sociedad religiosa. San Hilario de Arles fué el primero en dar ejemplo de la más respetuosa sumisión: hizo todo lo posible por reconciliarse con san Leon Magno, el cual no tardó en apreciar debidamente el celo, virtudes y humildad del obispo de Arles. La muerte de san Hilario, acaecida poco después, fué un duelo general para las Galias y para la Iglesia universal (447). En este momento mismo san German de Auxerre emprendía su segunda misión á la Gran

Bretaña, acompañado de san Severo, obispo de Tréveris. El pelagianismo que iban á combatir allí, no pudo resistirse á la predicación y milagros de los dos santos misioneros: tuvieron el consuelo de volver á traer los pueblos á la fe católica, y cuando dejaron la isla, era ya toda católica. San German, apenas de vuelta de este viaje, emprendió otro á Ravena para alcanzar del emperador Valentiniano III el perdón de los Armericanos que se habían amotinado. La Italia estaba admirada de los prodigios que san German obraba á su paso; pero la muerte le aguardaba en Ravena, término de su peregrinación. Espiró el 31 de julio de 448, después de treinta años de un ministerio episcopal, santo y celoso.

2. Cuatro años antes había muerto en el Oriente el Atanasio del nestorianismo, san Cirilo de Alejandría, dejando á la posteridad, como monumentos de su piedad y erudición, una serie de obras que no forman menos de siete volúmenes en folio. Tuvo por sucesor un obispo indigno de este nombre, á Dióscoro, que tomó á pechos hacer olvidar con sus cobardes lisonjas y condescendencias con el emperador, y por su conducta en el negocio del eutiquianismo, los ejemplos del gran san Atanasio y san Cirilo, sus antecesores. En el 448, Eutiques, abad ó archimandrita de un monasterio cercano á Constantinopla, combatiendo la herejía de Nestorio, que dividía las personas en Jesucristo, cayó en un error no menos contrario al dogma de la Encarnación. Enseñaba que no había sino una sola naturaleza en Jesucristo: la divinidad, la cual había absorbido la humanidad al unirse con ella. La obstinación con que sostuvo Eutiques este error, á pesar de las ilustradas y caritativas amonestaciones de Eusebio de Dorilea, su amigo, y las dulces reprensiones de Flaviano, recientemente promovido al patriarcado de Constantinopla, probó evidentemente su ignorancia y mala fe. En el fondo, había él ambicionado muy ansiosamente la dignidad metropolitana, á la que había pensado llegar por el crédito de Crisafio, favorito de Teodosio, á quien había educado y enseñado. Así es que el móvil de esta alma ambiciosa era una cuestión de amor propio herido: ¡y cuántas

herejías, que han asolado y entristecido á la Iglesia, no han tenido el mismo origen! Eusebio de Dorilea, sacrificando á los intereses de la verdad una rancia amistad desde la niñez, se creyó en conciencia ser acusador de su mismo amigo. Le persiguió pues ante un concilio convocado por Flaviano en Constantinopla (448). Eutiques se negó á comparecer en un principio; mas se presentó á la última sesión, el 28 de noviembre; y como persistiese en el error, fué condenado, depuesto del sacerdocio, privado del gobierno de su ministerio, y finalmente excomulgado. La sentencia fué firmada por todos los obispos del concilio y por veintitres abades que asistieron. Eutiques, como todos los heresiarcas, se negó á someterse; porque lo que constituye la herejía no es tanto el error del espíritu humano, tan expuesto á engañarse, como la perseverancia y tenacidad en el error. Flaviano habia enviado al papa las actas del concilio de Constantinopla: Eutiques tambien le escribió quejándose de que se le condenaba injustamente. San Leon previó, con una sola mirada, la trascendencia de semejante doctrina enseñada en el Oriente en el momento en que la controversia animada contra el nestorianismo habia llamado los ánimos hácia el exámen del dogma de la Encarnacion. Respondió pues á Flaviano, confirmando las actas del concilio, y empeñándole á castigar al nuevo sectario. San Pedro Crisólogo, obispo de Ravena, á quien tambien se habia dirigido Eutiques, para atraerlo á su partido, le escribió una carta elocuente, en la cual le conjuraba renunciarse al error. « Cuando » Jesucristo, decia, hacia oír los vagidos de la infancia en el » pesebre, cantaba el ejército celestial: *¡Gloria á Dios en los esplendores del cielo!* y ahora que al nombre de Jesús se do- » bla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos, se » saca á luz la cuestion de su origen! Os exhortamos, sobre » todo, carísimo hermano, os sometais á lo que ha sido escrito » por el bienaventurado papa de Roma; porque san Pedro, » que vive y preside en su cátedra, da la verdad de la fe á los » que la buscan. » Palabras tan tiernas quedaron sin efecto en este corazon terco. Con ayuda de Crisafio, Eutiques se hizo su

protector en la persona de Dióscoro de Alejandría. Por su influencia, obtuvo del débil Teodosio la convocacion de un concilio que fuera ecuménico, y en que se procederia de nuevo al exámen de la cuestion. Por otra parte, san Leon ya habia sido consultado sobre este particular por la corte de Constantinopla, y escogió por legados suyos: Julio, obispo de Puzzoles en la Campania; Renato, presbítero del título de san Clemente, que murió en la travesía; Hilario, diácono, á los cuales agregó el papa á Dulcicio en calidad de notario. Eran portadores de instrucciones dadas por escrito, en las que probaba el papa con argumentos irrefragables el dogma católico de las dos naturalezas en Cristo. Ciento y treinta obispos de las provincias del Egipto, del Asia, del Ponto y de la Tracia estaban reunidos; pero esta asamblea no iba á formar, por esta vez, sino un conciliábulo, manchado en la historia con el nombre de *latrocinio de Éfeso* (8 de agosto de 449). El eunuco Crisafio se arrogó el derecho de nombrar presidente, que fué Dióscoro. Los legados del papa fueron colocados en segundo rango, con menosprecio de todos los antecedentes y de todas las reglas canónicas. Ciertos autores pretenden que Dióscoro les hizo alejar de todas las deliberaciones. Dos condes, enviados con tropas por Teodosio, pretendian dictar la sentencia y hacer ejecutar las órdenes de su amo. Así es que desde la apertura misma de la primera sesión, Dióscoro se negó á leer ni dejar leer las instrucciones dadas al legado por el papa san Leon; pero no faltó en hacer solemne lectura de las letras de convocacion que le habia dirigido el emperador. Se insistió sin embargo por que se diera conocimiento de los rescriptos del Pontífice romano. Dióscoro lo prometió hasta siete veces diferentes; pero siempre hallaba medio y pretexto de eludir esta lectura que tanto temia. Mandó comparecer en seguida á Eutiques en presencia del concilio. Los Padres, y san Flaviano de Constantinopla á su frente, pidieron entonces que se mandara introducir tambien á Eusebio de Dorilea, que se presentaba canónicamente como acusador: y en efecto, era un deber indispensable á todas luces divinas y humanas. Pero el conde Elpidio, comisario

del emperador, se opuso, pretextando que Eusebio de Dorilea habia perdido el derecho de sentarse con los jueces desde el momento en que se constituia acusador. Eutiques tuvo pues toda libertad de hablar solo y sin contradictor. Despues de hablar cuanto quiso, solo se le obligó á suscribir el símbolo de Nicea; y sin hablar mas de lo que formaba el punto capital de su herejía, Dióscoro lo declaró solemnemente absuelto de todas las censuras pronunciadas contra él, restablecido en la comunión de la Iglesia, en la dignidad del sacerdocio y en el gobierno de su monasterio. El presidente del conciliábulo leyó en seguida una acta de deposicion contra Eusebio de Dorilea y san Flaviano de Constantinopla, *porque habian calumniado públicamente la fe de Eutiques*. Estalló en el seno de la asamblea una exclamacion unánime de indignacion, superchería y traicion. Los obispos que por debilidad habian suscrito á la rehabilitacion de Eutiques, se volvian atrás horrorizados ante una arbitrariedad tan tiránica. Dióscoro, para intimidarles, mandó llamar á los comisarios, que invadieron la iglesia al frente de una tropa de soldados con las armas en la mano. La mayor parte de los obispos cedieron á la violencia; mas los legados del papa resistieron altamente, y su protestacion hubo de insertarse en las actas. De todas partes gritaban voces de: «Descuartizar á los que dividen las naturalezas!... á fuera, á fuera!... mueran, mueran!...» De las amenazas se pasó á los hechos, apaleando á unos, hiriendo á otros. Los obispos quedaron encerrados en medio de este tumulto hasta muy entrada la noche, sin que se les permitiese salir á los que estaban malos ó indispuestos, ni dejar respirar aire á ninguno. A costa de esto alcanzó Dióscoro ciento y treinta firmas. Despues de tal triunfo, hizo deponer á Teodoreto, obispo de Ciro, á Ibas de Edesa, á Sabiniano de Perrha y á Domno de Antioquia, todos notables por su santidad y por su amor á la fe católica. Osó en seguida pronunciar una sentencia de excomunion contra el papa san Leon. Este acto de manifiesta locura terminó el famoso *latrocinio de Éfeso*. San Flaviano de Constantinopla fué desterrado, y murió de las heridas que habia recibido.

Dióscoro hizo ordenar en su lugar á Anatolio, diácono de su iglesia de Alejandria, y creyó con esto haber consolidado su herejía.

3. Teodosio dió inmediatamente un decreto que confirmaba con sancion imperial cuanto habia sido hecho en el conciliábulo de Éfeso. Mientras tanto, san Leon, informado á fondo por sus legados del éxito desventurado que habian tenido los negocios, convocaba y celebraba en Roma un concilio, en donde anulaba todos los actos del falso concilio de Éfeso, rehabilitaba á los que habia condenado injustamente, y declaraba nulas todas las sentencias. Se mostró entonces su actividad infatigable en esta circunstancia. Escribió á la vez cartas llenas de celo abrasador y de apostólica energía al emperador Teodosio, á la emperatriz Pulqueria, al clero y pueblo de Constantinopla, á los abades de los monasterios de la ciudad, á Anastasio de Tesalónica, al mismo san Flaviano, cuya muerte aun no sabia. Su lenguaje á Teodosio respira majestad sosegada en medio de una borrasca, caridad compasiva á todos los que habian caido, y una finura llena de miramientos para con un príncipe débil y engañado. «Permitid, Señor, decia, permitid á los obispos el que tengan libertad para defender la verdadera fe, aun que escrito está que ningun poder humano podrá destruirla jamás. Cuando defendemos la causa de la Iglesia, sostenemos la causa de vuestro imperio y salvacion. Defended la autoridad de la Iglesia y su constitucion contra los herejes, y nuestro Señor Jesucristo defenderá tambien vuestro imperio.» El solo remedio eficaz que se presentaba al espíritu de este gran papa en tan crítica situacion, era la convocacion de un concilio verdaderamente ecuménico; y á es'o dirigió sus miras, tratando de interesar en ello y hacer mediar con el emperador Teodosio á la corte de Ravena (450). Valentiniano III y su madre Placidia escribieron con este objeto á Constantinopla. Mas la Providencia se reservaba quitar de en medio el abtáculo que podria venir de la debilidad de Teodosio; pues que el 18 de julio de 450 este príncipe espiraba, á la edad de cincuenta años, á efecto de una caida de caballo. La empera-

triz Pulqueria le dió por sucesor á Marciano, cuyos talentos y virtudes, admirados de todo el universo, hicieron de él un emperador digno de este nombre (24 de agosto de 450). El primer cuidado del nuevo César fué la pacificación de la Iglesia. Cuando los legados del papa, encargados de las cartas para Teodosio, llegaron á Constantinopla, hallaron un concilio reunido bajo los auspicios de Marciano por Anatolio, sucesor de san Flaviano. El diácono de Dióscoro, hecho patriarca, se habia mostrado, con asombro de aquel, firmemente celoso por la comunión con la Iglesia romana. En presencia de los legados del papa san Leon, y á la cabeza de su concilio, anatematizó solemnemente á Eutiques, su doctrina y sectarios. El cuerpo de san Flaviano fué trasladado á Constantinopla y colocado junto á las reliquias de san Juan Crisóstomo. Todos los obispos desterrados ó desposeídos por la fe á consecuencia del *latrocinio de Éfeso*, fueron llamados y repuestos; los que habian tenido la debilidad de suscribir á las medidas dictadas por Dióscoro, fueron conservados al frente de sus diócesis, mas sin admitirlos á la comunión de la Iglesia católica hasta que se hubiera pronunciado su suerte en un concilio ecuménico. San Leon aprobó todos estos actos, y dirigió á Anatolio letras de comunión; de lo que hasta entonces se habia abstenido, para tomar tiempo y conocer los sentimientos de un prelado elegido por el crédito y maniobras de Dióscoro (450).

4. El papa san Leon y el emperador Marciano deseaban ambos con igual celo la celebracion de un concilio universal que pudiera dar la paz á la Iglesia. Se señaló desde luego Nicea; pero la Iliria, amenazada por los Hunos, no ofrecía seguridad. Se escogió pues la ciudad de Calcedonia, en la costa del Asia menor, cerca de Constantinopla. Quinientos obispos de todas las provincias del Oriente se hallaban reunidos allí el 8 de octubre de 451, bajo la presidencia de los legados del papa: Pascasio, obispo de Lilibea en Sicilia; Lucencio, obispo de Arcola; Basilio y Bonifacio, sacerdotes de la Iglesia romana. La primera sesion del cuarto concilio general fué consagrada al exámen de las actas del *latrocinio*

de *Éfeso*, Dióscoro compareció allí como acusado. Se pusieron de manifesto todas las irregularidades de aquel falso concilio: los legados del papa puestos en grado inferior; la imposibilidad de leer las cartas del papa por causa de Dióscoro; las protestas de san Flaviano y de Eusebio de Dorilea desatendidas; violencias ejecutadas contra los prelados para forzarles á suscribir sentencias injustas. Cuando se llegó á este último punto, los obispos orientales exclamaron: « Se nos ha herido » y apaleado; los soldados nos abrumaron de ultrajes y de » golpes. Todos hemos sucumbido, y pedimos gracia y misericordia! » Se leyeron en la segunda sesion las cartas doctrinales que san Leon habia entregado á sus legados. La verdad católica, opuesta á los errores de Eutiques, estaba declarada con la autoridad digna de un sucesor de san Pedro. Al oír la exposicion de esta doctrina tan pura y tan explícita, los obispos exclamaron: « ¡Esa es la fe de nuestros padres! » esa es la fe de los Apóstoles! Pedro ha hablado por boca de » Leon! Esta es la fe que creemos todos! » — Aclarada y decidida la cuestion dogmática, el concilio pasó en la tercera sesion á la condenacion explícita de Dióscoro. Fué anatematizado unánimemente; y la sentencia que lo deponia como reo de herejía, le fué notificada, así como á todo el clero y fieles de Alejandría, por los diputados del concilio. Anatolio, patriarca de Constantinopla, la habia firmado con todos los demás Padres. Dióscoro fué relegado por el emperador Marciano á Gangres, en Paflagonia, donde murió en 454. — La cuarta sesion fué consagrada á examinar las diversas reclamaciones que Dióscoro habia hecho dirigir al concilio por monjes egipcios, suplicando á los Padres revocasen la sentencia de deposicion: pero fué mantenida con todo su rigor. « Dióscoro ha » sido depuesto jurídicamente, decian los Padres. Dios mismo » es quien ha condenado á Dióscoro. » Finalmente en la quinta sesion se compuso ó formuló la profesion de fe opuesta al eutiquianismo: « Declaramos con voz unánime, dicen los » Padres, que se ha de confesar un solo y un mismo Jesu- » cristo nuestro Señor; perfecto en la divinidad, perfecto en